



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9239

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

JUEVES 18 DE AGOSTO DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia. Pasaje de Conesa.

1.492.

Muchos de nuestros lectores no habrán tenido ocasión de leer el viaje del descubrimiento del nuevo mundo; al objeto de que tengan un perfecto conocimiento de todo lo ocurrido desde el 2 de Agosto al 12 de Octubre, damos el extracto que don Eduardo de Riofranco, ha hecho del mencionado viaje empezando desde el

2 de Agosto de 1492.—Colón tenía 51 años, su rubia cabellera, que le caía hasta el hombro, había encanecido, su hermosa frente alta y espaciosa, estaba surcada de arrugas, el brillo de sus ojos azulados se había apagado, y un sello de cansancio se advertía en toda su persona, de bien proporcionados miembros.

Aquel día, para él y la humanidad entera decisivo, después de oír misa en Palos con su gente, se embarcó en las tres naves de impercedera memoria; que le había suministrado la Corona de Castilla; pues las frialdades diplomáticas de Fernando el Católico, no permitieron a la de Aragón, sino muy indirectamente, por indicaciones de algunos hombres de mérito, como Santangel, contribuir a la grande obra del descubrimiento.

Aquellos barcos eran: la nao *Santa María*, construida de propósito para el viaje, en Palos, fuerte, grande, bien armada, en que enarboló su insignia Colón; la carabela *Pinta*, al mando del inteligente y bravo marino Martín Alonso Pinzón, buque tan velero como gallardo, pero no más grande que los que de ordinario se dedicaban en la costa andaluza al cabotaje; la carabela *Niña*, mandada por Vicente Yáñez Pinzón, otro bravo y curtido marino de Palos, embarcación esta última sin cubierta, que parece imposible se arriesgase en tamaña empresa como la de atravesar ignotos mares.

Debo hacer notar la circunstancia de que en un azar jurídico, por el cual la chancillería de Sevilla había condenado al Cabildo de marreantes de Palos de Moguer a servir a la Corona, ó como decimos hoy, al Estado con dos barcos, en pena de un agravio, fue la que llevó a Colón al puerto más occidental del Mediodía de Europa para marchar al descubrimiento de las islas más orientales del Centro-América, así como que esta circunstancia, hábilmente manejada ante Isabel la Católica por los amigos de Colón, fue quizá la que decidió el viaje.

Las muchas personas que acudieron a la playa a despedir a Colón y sus noventa compañeros, mostraban en sus semblantes un profundo abatimiento y una cruel incertidumbre, por lo cual el gran marino abrevió palabras y demostraciones que pudieran desanimar su gente, desamarrando las carabelas y poniéndolas seguidamente en franquía en la barra de Saltés.

3 de Agosto.—Antes de amanecer, aprovechando la brisa y la marea, Colón manda levar anclas y se hace a la mar, con rumbo a las Canarias, navegando sin tropiezo alguno este día, el 4, el 5 y el 6, que se contaron sábado, domingo y lunes, respectivamente.

7 de Agosto.—Navegando so-

bre una mar tranquila, de pronto saltan las hebillas del timón de la *Pinta*, accidente que entristece é irrita a Colón, tanto porque no puede socorrer a la carabela sin riesgo de su propia nao, cuanto porque sospecha sean manejos villanos de los marinos Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, propietarios del barco, que desde antes de la partida de Palos se habían mostrado rehacios al viaje y enemistados con Colón. Martín Alonso, demostrando su pericia marinera, gobierna de primera intención la avería, y sigue a la capitana en su derrota a las Canarias.

8 y 9 de Agosto.—Navegación placentera y sin accidentes.

10 de Agosto.—Arribada a la isla de Gomera, donde las carabelas dan fondo, emprendiéndose la obra de arreglo del timón de la *Pinta* y calafateo de las rendijas por donde hacía agua, trabajos en que se emplean tres semanas de mortales angustias é impaciencias para Colón, que renueva sus víveres, madura sus planes y fomenta las esperanzas y energías de sus compañeros con entusiastas discursos y amenas conversaciones.

6 de Septiembre.—Las carabelas abandonan su fondeadero de la Gomera y toman rumbo directo hacia Occidente. Hay poco viento y permanecen el día entero a la vista de las Canarias.

7 y 8 de Septiembre.—Sigue la calma y las carabelas apenas si avanzan en dirección al O., sin dejar de ver un solo momento los altos montes del archipiélago canario.

9 de Septiembre.—A cosa de las tres de la tarde, salta un NE. frescachón que, hinchando las velas, arrastra las naves al O., viéndose sus tripulantes desvanecerse a popa en las perspectivas de un horizonte sin límites las crestas de las Canarias. Reina a bordo de las carabelas el lúgubre silencio que inspira la presencia de lo desconocido formidable.

10 de Septiembre.—Después de los oficios religiosos, como domingo que era, salta el viento al SE. y las carabelas toman un buen andar; pero Colón que conoce presto que sotaventadas naves, se desvían una cuarta entera al NE., advierte energicamente a los Pinzones y a sus pilotos que bajo ningún pretexto se desvien de la marcada derrota de Occidente.

11 de Septiembre.—Las naves recorren 60 leguas al O., con la mar poco alterada. Colón en previsión del porvenir, determina llevar dos diarios del viaje, uno reservado, en que apunta las distancias exactas que recorre, el otro público, en que asienta las leguas que bien le parece. Su intención es hacer creer a sus marineros que la travesía es más corta de lo que en realidad pueda resultar, para que decaigan menos los ánimos, y al mismo tiempo no desvelar por completo los secretos del Océano a posibles competidores. En vez, pues, de las 60 leguas andadas, apunta sólo 48 en el diario público.

12 de Septiembre.—Por el día las carabelas hacen más de veinte leguas, pero Colón sólo consigna dieciséis en su diario. Las tripulaciones descubren sobre el mar un mástil flotando, que les parece haber pertenecido a buque de 120 toneladas, pero que no pueden recoger. Este hallazgo, que revela un naufragio, produce en las tripulaciones encontrados sentimientos. Por la noche sigue el viento, y avanzan otras 20 leguas a Occidente, pero no se consiguen en el registro de bitácora más que 16.

13 de Septiembre.—Continúa la perseverante navegación al O. y avanzan las carabelas 33 leguas. Al observar al anoecer la brújula, Colón advierte en ella una pequeña inclinación, fenómeno que sólo hasta mucho tiempo después no han podido los físicos explicar satisfactoriamente por el electromagnetismo.

14 de Septiembre.—Poco viento y pequeño avance. Yáñez Pinzón avisa desde la *Niña* que ha visto su gente un rabo de junco, ave que se suponía no se aparta 20 leguas de tierra. Las tripulaciones se entusiasman con esta noticia, pero Colón, que supone las tierras que busca mucho más distantes, sin contradecir a sus pilotos, persiste en su sistema de amenguar la marcha en el apuntamiento oficial.

(Se continuará).

LITERATURA EXTRANJERA

COMPANÍA DE SEGUROS

—Ves tú? me dijo el amigo con quien paseaba mostrándome con el dedo una de esas placas metálicas que suelen fijarse en las fachadas de algunas casas; mi fortuna está allí.

—Dónde?

—En esas fúdicadas palabras: «Compañía de seguros».

—Te propones acaso crearle una competencia, a la Compañía Imperial, a la Unión y el Fénix ó a otras Providencias que se encargan a todo evento de indemnizarnos de las pérdidas sufridas en un incendio?

—Sí y no. Todo es posible en el mundo; una idea hace germinar otra. Las compañías de seguros contra incendios han tenido su buena época, pero hoy pertenecen a la historia antigua: yo he encontrado un sistema mejor.

Antes de pasar más adelante, debo advertir a mis lectores que el amigo con quien les pongo en relaciones, es el más original de los seres originales que yo he visto; quizás no ha ocupado una habitación permanente en una casa de orates, porque ha tenido la felicidad de carecer de parientes interesados en conseguir su encierro.

Y paso a otra cosa después de haberle libremente acordado la anterior recomendación a mi interlocutor.

—Sí, amigo mío: sucede lo que tengo el honor de decirte; tengo una de esas ideas felices que brillan como los diamantes por todas sus caras.

—Sería indiscreto preguntarte por ella?

—Ciertamente es indiscreta por tu

FLOR DE UN DIA

59

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 58

hacían su entrada medio triunfal en medio de una expectativa tan palpitante como extraña. Todos los ojos se fijaban en ellos, todas las conversaciones seguían en suspenso. En realidad aquel era el acontecimiento de la noche.

Diego Salazar, el viajero incansable, era de mediana estatura, delgado y su tez ajada prematuramente, surcada ya por algunas arrugas tenía el amarillo tostado de las espigas en sazón; su frente era ancha, los arcos superciliares salientes y sus cejas admirablemente cortadas se dilataban hasta la cóncava sien: Su mirada llena de inteligencia, buscaba el vacío, como si en él se hallase la idea a que daba vuelta su pensamiento. Llevaba bien el severo traje de etiqueta, que no vestía de seguro por primera vez y la sonrisa solo era en sus labios una contracción.

En su hermana, los años no se marcaban, así podía tener veinte como veinticinco; su rostro más redondo que oval, era incomparable por la gracia, la expresión, el indefinible encanto que lo caracterizaba. El abundantísimo y rizado cabello, era negro azabache; la tez suave y aterciopelada, tenía la blancura pálida de la azucena y sus labios el rojo del coral. Alta esbelta, elegante; así en su aspecto como en su faz móvil y encantadora, había algo de reina y a la vez algo de niña. Iba de blanco en crepón y falda, sin una joya, sin un lazo, sin un leve recargamiento; sin

ya con Rocío, dando la mano a Lolita y a Pepita y a Mariña y a todas las *itas* habidas y por haber. Ese está en su elemento y otro tanto te digo de su dichoso paisano: doblándose por la cintura allí, echando los lentes allá, que no parece sino que busca fuego.

Se hallaban junto a la puerta del salón, y Pepe Toledo hubo de verles y vino a reunirse con ellos.

—Acabo—dijo a Burgos—de hacer un reconocimiento general.

—¿Y qué?

—Mucho verde, mucho rosa, mucho crema y nubes de velutina. Sin embargo la cuestión de colores, en último resultado es una cuestión subalterna y la velutina... es polvo al fin. ¿Pero adonde van tan apresurados los señores de Alfaranes?...

—¡Qué se yo!—dijo Zamora que decididamente se había puesto de mal humor.—Írán por el palio.

Como por encanto, el rumor de voces se apagó percibiéndose una especie de sonido como formado de muchos alientos: una palabra que corría, que revoloteaba yendo y viniendo, y que con el mismo ritmo, como el tí-tán, del reloj, repetía pasando de boca en boca hasta dar la vuelta al salón:

—«Los Salazares, los Salazares, los Salazares.»

Y con efecto los Salazares eran que hacían su aparición en el baile entre agasajos, saludos y cortesías. Los Salazares venían en familia, venían todos y

VI

En todo su esplendor

El salón de casa de Alfaranes, pertenecía al cuerpo de edificio últimamente construido. Sin ser extenso, era capaz; a un lado estaba el comedor, al otro una linda sala con ancho mirador que dominaba parte del jardín del hotel. A decir verdad, todo estaba sencillamente decorado, pero con gusto y además con instinto feliz, salvaron en su adorno el escollo fatal de las pes-